



## Morir o matar, alternativas sobre la vida.

Jaime Coloma Andrews  
Psicoanalista

Sin duda, la lectura de **Crimen y castigo** induce la apertura a múltiples contextos y subtextos. Entre ellos, seleccionaré la idea de *morir* y *matar* como formas de la vida. La marginalidad y la inclusión en el sistema social son relaciones con el poder en las cuales se entrama el *morir* y el *matar*. La Ley queda así diversificada, por una parte, como gesto social ejercido por decreto: la manera del orden, necesitada para censurar, castigar y orientar los derivados primarios de la pulsión y el deseo. Y Ley, también, como emergente de lo vital, vida que escamotea y retarda la vigencia de la muerte, la muerte inscrita como teleología de los tejidos, de los huesos, de las células, de las neuronas.

Sigmund Freud, en 1920, habló del carácter regresivo de lo pulsional, la pugna por reconstruir y desconstruir la inercia inorgánica originada en la lucha de los organismos, la pugna por preservar la pujanza de la especie a través de la potencia de lo individual, que canaliza por la vía del deseo y del narcisismo, la búsqueda del *otro*, la cópula sexual que compenetra a dos en una unidad fecunda. La vitalidad que saca al sujeto de *sí mismo*, bajo la primordial representación de afirmar ese *sí mismo*. El narcisismo como fuerza que encuentra en el complemento individual la posibilidad de retardar la propia muerte, dejando, en ese intento, la estela de vida que preserva la especie.

La vida, entonces, anida en su intimidad la propia muerte. Matar es una forma de la destrucción, forma extrema que late obscuramente en cada acto vital, protegiendo a la vida de la no transformación a que regresivamente sería arrastrada, de no mediar la des-

trucción. Crear también es destruir. El narcisismo, a la vez, ejerce la transformación que destruye para construir, impulsado ciegamente por la meta de la sola unidad, la paz de no hacer nada. Destruir y matar son externalizaciones que protegen a la existencia de la tendencia primordial a no existir.

Freud, en un bello y corto escrito de 1919, **Lo impercedero**, le dice a un poeta con quien conversa, que los seres humanos terminaremos indefectiblemente con lo conseguido por la cultura, para volver a rehacerla, una y otra vez.

Esperanza y desesperanza, entonces, entretrejida constantemente al transcurrir tanático libidinal, intentando que la Ley de la Razón regule al individuo, como argumento que desconoce otra Ley, la Ley de la Naturaleza que potencia la especie. Edgar Morin señala que tanto una mirada microscópica como macroscópica muestran a la autofagia imperando entre los infinitos habitantes del Tiempo. Sin duda, nadie razonable reconoce este apetito por el otro y por el medio como motivación originaria.

*Morir, Matar, Ley*, son personificados por Dostoievski en Marmeladov, Raskolnikov y Porfiri. Marmeladov muere. Raskolnikov mata. Porfiri observa e investiga, calcula y juzga, para castigar desde la Ley del hombre, dejando, inadvertidamente, morir al que muere por lo derivado de esa propia ley, persiguiendo al que mata de una manera trasgresora, no legal.

Porfiri, agente de esa norma, mas bien espera. Holloway, en el texto que pone en escena el Teatro de la Universidad Católica, le hace concebir el crimen



Rodolfo Pulgar, Alberto Vega y Oscar Hernández en *Crimen y castigo*.

como un hecho que sólo se define cuando el culpable lo recupera para el juicio de la Sociedad. Para la conciencia de la Sociedad.

Raskolnikov, el culpable, persigue su crimen, aquél que originalmente estaba destinado al secreto. Lo persigue hasta la autodelación, reflejándose este destino en la mirada de Porfiri, que espera, sólo espera, como quien sabe desde siempre que la Ley de la Naturaleza, la Ley de la Autofagia, encajará con la Ley del Hombre, develando la Sin Razón de toda la norma razonable.

¿Por qué este encaje? En general, las respuestas definitivas son tan arrogantes como Raskolnikov. La arrogancia de Raskolnikov está en su racionalidad, la razón como profesión de Fe, enfilada hacia la objetividad, camino seguro donde reina el objeto y donde el individuo como *Ello* inconsciente e incognoscible (Freud, 1923), no tiene lugar.

En 1995 se cumplen cien años desde que Sigmund Freud empezó a pergeñar la mirada psicoanalítica. Esta mirada recorre el siglo XX y emerge y se oculta en la polémica sobre Modernismo y Postmodernismo, polémica que pendula entre la lucidez de la Razón y el dolor de la Razón, que aparece como conciencia informada

de Sin Razón, en los efectos que arrastra la arrogancia de la inteligencia.

Es la Razón la que instala el orden de los códigos, estipula la norma, tanto para ejercer el poder como para burlarlo. La nitidez de lo legal oculta, entre sus intersticios, la determinación de la pulsión y el deseo como seña narcisista del *Ello* inconsciente e incognoscible, que configura la conciencia aparente y la cognoscibilidad imaginaria. La arrogancia salvaje del narcisismo no sabe de la muerte que opera pausada, ciega y tenazmente, en el subterráneo de la *casa en orden*. La arrogancia narcisística, seducida por el poder de una conciencia que ella misma fabrica, construyendo un sujeto que cree descubrir la verdad y el sentido de un objeto cognoscible, en el lugar en el que ese objeto no puede encontrarse.

Porfiri y Raskolnikov padecen del mismo mal. El primero elude triunfalmente el fracaso de su ley, que Marmeladov testimonia, y el segundo, enmarañado a esa misma ley, queriendo delatarla a través de un acto criminal que pretende denunciarla, traicionando su pretensión en la muerte inocente de la hermana de la vieja avara, inocencia que configura el crimen como tal, más allá de todo argumento.

Ambos razonan desde la referencia de un entorno objetual *claro y distinto*, un mundo que plasma figurativamente al *otro* como una realidad *tan otro*, que aliena al sujeto que confía en su propio saber. Raskolnikov y Porfiri, desde el siglo XIX, anuncian el dolor de nuestra centuria, constantemente fracturada en sus pretensiones, centuria que, a cada tropiezo y caída, reacciona intentando recuperarse, rehaciendo el mismo camino.

Marmeladov, muerto en la calle, cargado de culpas, mísero y orgulloso de una estirpe derrotada, (derrotada como estirpe y como clase), incapacitado ya de la razón, hace carne muda el cuerpo habitado por la muerte, muriendo antes de su muerte natural, como víctima que testimonia el silencio que ocupa el espacio entre los objetos. El silencio dentro de la trama gramatical, aquella que esconde la imposibilidad de lo real o, quizás, el misterio de la realidad. Aquella que seduce con el fulgor oscuro de la Razón.